



Evangelizar la ciudad: líneas pastorales

RINALDO PAGANELLI

Sacerdote dehoniano, docente de catequética en Universidad Pontificia Salesiana de Roma

Síntesis del artículo

El autor, experto en catequesis, afirma que todo aquello que se haga en favor de la humanización, en favor de las personas, nos acercará a Dios y nos ayudará a evangelizar la ciudad actual.

Abstract

The author, expert in catechesis, says that everything that is done in favour of humanization, in favour of the people, will bring us closer to God and will help us to evangelize the current city.

La renovación que necesitan hoy las parroquias urbanas no llegará por vía institucional, sino por caminos abiertos por el Espíritu. El itinerario que ofrecemos no sugiere un método, sino un estilo que hay que asumir.

1 Evangelizar

Evangelizar la ciudad significa sobre todo concretar una oferta de humanidad para la felicidad de cada persona. Concretar todo esto en libertad, dando sentido y modelos de ciudadanía diversas, mediante signos de encuentro entre personas, para volver a Jesús, aun-

que solo sea durante una etapa de la vida. El tema de las periferias, sobre el que tanto hincapié ha hecho el papa Francisco, nos remite al problema pastoral de las grandes ciudades, donde se encuentran las verdaderas periferias. Las parroquias de las grandes ciudades están llamadas a afrontar métodos nuevos de evangelización y de acción pastoral.

También sigue siendo cada vez más cierto, aunque no sea una cuestión nueva, que nos encontramos con un modo nuevo de hacer iglesia en la ciudad. El tema nos lleva a recordar lo que Pablo hacía en la puesta en marcha de

sus comunidades, todas nacidas en las grandes ciudades de su época. En las cartas paulinas tenemos noticias explícitas de las comunidades domésticas de Áquila y Prisca en Éfeso (1Cor 16,19) y en Roma (Rm 16,5), de Estéfanos (1Cor 1,16) y de Gayo en Corinto (Rm 16,23), de Narciso en Roma (Rm 16,11), de Filemón y Ninfa en Colosas (Flm 2; Col 4,15). En general los hijos y los esclavos domésticos seguían la orientación religiosa del *pater familias*, si bien en algunos casos excepcionales se les daba permiso para frecuentar los cultos que desearan.

La situación familiar y fragmentaria de las primeras comunidades cristianas demuestra, por una parte, que la iglesia no es una categoría abstracta, sino concreta y surgida de las relaciones interpersonales de los creyentes, y por otra, que los mismos núcleos familiares eclesiales remiten a la «iglesia de Dios», como testimonio visible de su elección y de su presencia. Atención que se concentra en las grandes ciudades. Hoy son más de cuatrocientos cincuenta las ciudades con más de un millón de personas. Hay más de treinta megaciudades con más de ocho millones de personas que forman ciudades muy complejas¹.

1.1 El sentido de “evangelizar”

Con estas líneas recordamos que el concepto “Evangelizar” lo usamos en sentido estricto. No se refiere a la misión de la iglesia en todos sus aspectos, sino a la directa y explícita comunicación de la fe en Jesús, Resucitado, Señor de la vida, esperanza y destino final del mundo, con el deseo de que el interlocutor acoja la fe y se haga cristiano.

Es la acción esencial que precede a cualquier ingreso en el catecumenado. Es una acción que no se apoya en un gran aparato en la reflexión teológica tradicional, quizá porque no es una

acción de la institución eclesiástica, sino una manifestación vital y espontánea de la existencia cristiana habitual. En los países de tradición cristiana antigua durante milenio y medio esta acción se ha llevado a cabo en el seno familiar como parte de la educación de las nuevas generaciones. En las llamadas “misiones extranjeiras” fue realizada por “misioneros”, con el mandato de implantar nuevas iglesias en nuevos territorios. Hoy ha vuelto a constituir una exigencia fundamental que incumbe a todo cristiano en cualquier país de la tierra y especialmente en las grandes ciudades.

Es bien conocido, y forma parte de la experiencia de cada uno de nosotros, que el alejamiento o el mantenerse a prudente distancia de la fe cristiana no proviene de una falta de apertura en muchas personas, sino de su concepción infantil, infantilizante, intelectualmente no sensata ni sencilla, y frecuentemente no significativa, irrelevante para la propia vida. La fe, tal y como muchos se la representan (también personas de Iglesia), no sabe qué hacer con lo humano (y de su propia necesidad de realización) y no pocas veces es enemiga de lo humano: de la felicidad, por ejemplo, del placer; pero también de la libertad y de la inteligencia. Ahora bien, mostrar que la fe no es una mera cuestión referida a la esfera de lo religioso, y menos aún una adversaria de la felicidad humana, sino una oferta de humanización para la felicidad de todos (para la alegría, diría el Papa Francisco, aunque sea una alegría de precio caro) es algo decisivo para el futuro del cristianismo, y también para su forma popular, de la que tratamos aquí. El pueblo, la gente común, busca tener una vida realizada, respuesta a los problemas personales cotidianos, ayuda para vivir en este mundo. Y si no encuentra esta forma de fe en los moldes institucionales y regulados, la busca en mil manifestaciones de religiosidad popular, o en otras sabidurías religiosas, o en un sincretismo de perspectivas, o simplemente buscando su propio camino de humanización. La fe no se puede reducir, no digamos ya a la intelligen-

¹ La mayor parte de las grandes ciudades está en el sur del mundo. Las previsiones demográficas para el 2020 predicen que nuevas ciudades tendrán más de veinte millones de habitantes. El distrito federal de Ciudad de México constituirá la mayor ciudad del mundo.

cia, sino a la dimensión más pobre de la inteligencia, que es la asimilación de datos sin relación con la vida.

1.2 Cómo “evangelizar”

De estos puntos puestos sobre la mesa nace la necesidad de una pastoral de la acogida más atenta a las diversas necesidades y situaciones, para responder de manera adecuada a las personas en una sociedad en la que crece la descristianización. Es preciso introducir a la persona humana entera en la totalidad del misterio de la fe. Se pide una formación integral, que recupere las relaciones, porque la fe es una experiencia relacional antes que racional, y que dé espacio a lo corporal, a la espiritualidad, a la oración, a la experiencia concreta.

En este sentido se precisa crear itinerarios mistagógicos, con una introducción gradual en la vida cristiana, experiencias espirituales fuertes, espacios de relaciones inspiradas en el evangelio, caminos de formación humana y cristiana centrados en el kerigma y proporcionados a la situación de cada uno, a su propio itinerario personal. Va siendo normal la necesidad de aliarse con todas las agencias educativas, para que todo lo humano sea promovido, en particular la familia, tal como es, porque la familia es la verdadera escuela de fe.

2 ¿A quién se dirige la evangelización?

La evangelización que se pide no es la dirigida a las cosas, a las instituciones, ni a la colectividad, sino a las personas. Se puede decir que va dirigida a la ciudad. En realidad el destinatario no puede ser otro que la persona y, al menos en la sensibilidad moderna, cada persona concreta. La razón fundamental es que la fe es un acto de libertad y por tanto no puede partir sino de la interioridad de la persona concreta. Es verdad que el Nuevo Testamento nos ofrece testimonios de bautismos colectivos, familiares: Hechos 10,47 y

11,13s para la familia del centurión Cornelio; Hechos 18,8: Crispo, junto a toda su familia; Hechos 16,31-33: el carcelero.

A lo largo de la historia se han dado casos de pueblos enteros que se convierten tras ser bautizado su rey, o como las conversiones y bautismos en masa en la primera evangelización de América. La cultura moderna, sin embargo, a partir de la idea cristiana de la importancia del sujeto y de su libertad, no solo no concibe fenómenos de este tipo, sino que, por el contrario, los teme como atropello de la libertad y de la dignidad de la persona humana.

El Concilio Vaticano II insiste en la obligación moral de buscar la verdad, *“pero los hombres no pueden satisfacer esta obligación de modo adecuado a su naturaleza, si no gozan de libertad psicológica y al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa”*².

2.1 La atención al sujeto

“Evangelizar la ciudad” significa, por tanto, específicamente evangelizar al hombre y a la mujer de la ciudad. Asumir su condición de vida, en cuanto queda determinada por el vivir en una ciudad, como factor relevante del interlocutor para la acción de comunicarle la fe.

Constatamos todos que el acceso a la fe pocas veces pasa por razonamientos sino, habitualmente, por la mediación de personas, por el testimonio de creyentes. Una buena relación allana cualquier camino; una relación apresurada, crítica, con prejuicios, ruda o simplemente desatenta, aleja. Tal vez falte humanidad en las personas de iglesia, que suele ser más evidente que la falta de fe. Un modelo bueno de fe requiere personas buenas. Sabemos que a Jesús se le define como el buen (“bello, hermoso”) pastor (*kalòs*).

Hemos de constatar que la mayoría de nuestros agentes pastorales son personas con una “bella humanidad”. Lo son no porque sean per-

² Concilio Vaticano II, *Declaración sobre la Dignidad Humana: sobre la libertad religiosa*, n. 2.

fectos, sino por historia y por instinto, simplemente porque viven, comparten las relaciones familiares en las alegrías y en las penas, experimentan el bien y el mal, se sitúan responsablemente en el mundo. Son hombres y mujeres creyentes en camino.

2.2 *Cómo encontrar al sujeto*

Para evangelizar la ciudad de hoy no sirve el “anunciador” autorreferencial, que trabaja aislado y desligado de todos, y aún es menos útil la improvisación en las opciones, descuidar la formación, dejarlo todo en manos de uno solo.

Cada vez se siente más la necesidad de agentes que acojan a las personas como son, sin juzgar, capaces de empatía, libres de miradas moralizantes. Existe la necesidad de personas que establezcan relaciones positivas, sean capaces de una escucha profunda y narrativa por sí mismas. Concretamente se trata de proponer la fe sin imposiciones, despertar las conciencias sin tratar de manipularlas, dar testimonio de sentido sin pretender que sea aceptado por todos, anunciar la fe cristiana en medio de múltiples mensajes. La misión de la iglesia es hacer una llamada a la libertad de las personas y a sus conciencias.

La pastoral en la ciudad lanza un fuerte reto a la formación de los “anunciadores”, a su formación integral personal, sea espiritual, sea metodológica. En el término “anunciadores” entran todas las personas a quienes se confía el ministerio de la Palabra. Es deseable, por tanto, que haya una formación análoga a la de los seminaristas y los presbíteros. Es preciso hablar de formación humana y de fe.

3 Un anuncio para ciudadanías diversas

Una diferencia importante es la que se da entre ciudades con historia y las metrópolis y megalópolis modernas, ciudades sin historia. Dicha diferencia, paralelamente, afecta transversalmente a los ciudadanos: unos

tienen sus raíces en la ciudad y otros, que las tienen en otro lugar, se sienten desarraigados. La movilidad en aumento y muy difusa hace cada vez más abundante la figura del “cuasi-nómada” o del ciudadano provisional.

Ahora bien, el cristiano siempre es, de alguna manera, un desarraigado: para el Nuevo Testamento, hay un modelo en el nomadismo de los patriarcas de Israel. Según la Carta a los Hebreos ellos se sentían “extranjeros y peregrinos sobre la tierra... en busca de una patria; pues si hubiesen pensado en la tierra de la que habían salido, habrían tenido ocasión de retornar a ella”.

“Más bien aspiran a una mejor, a la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de ellos, de ser llamado Dios suyo, pues les tiene preparada una ciudad” (Heb 11,13-16). En Heb 13,14 se aplica el mismo sentimiento a los cristianos: “Porque no tenemos aquí una ciudad estable, sino que buscamos la futura”. Es así de manera tal que la propuesta de fe cristiana se inserta, con atención y amor, en una cultura y en el contexto de una determinada ciudad, pero a la vez se siente libre respecto a los marcos culturales en los que vive y es capaz de hablar a cualquier hombre, al que se siente residente y al que se siente extranjero.

3.1 *Superación del limitarse a los puros contenidos*

El servicio del anuncio no se puede reducir a la simple trasmisión de contenidos. Es una misión y un servicio que tiende a la transformación de la existencia y a lograr la pertenencia evangélica. Y, precisamente por esto, es un proceso de interiorización gradual de los valores evangélicos que sostienen al sujeto en la gradual conformación con Cristo en la comunidad de los creyentes. El carácter pluricultural y multirreligioso en el que vivimos y dentro del que estamos llamados a evangelizar es un contexto donde, tanto la consciencia como la praxis, parecen predispuestas a contar más con el sentido de ciertas respues-

tas en vez de con su racionalidad, presunta o real. Es un contexto en el que prevalece la búsqueda de una compensación de sentido. Si por una parte se ha agudizado el riesgo de un nuevo fundamentalismo religioso, por la otra, se nos llama urgentemente a la necesidad de respuestas auténticas y concretas.

Por eso el anuncio está llamado hoy a hacer propios los modelos formativos integrados, que dejan atrás formas de celosos pretendidos monopolios. No se responde a la complejidad imponiendo simplificaciones forzadas, rechazando todo debate. El papa Francisco impulsa la nueva etapa de evangelización con gran realismo y sentido práctico: “La pastoral en clave de misión pretende abandonar el cómodo criterio pastoral del siempre se ha hecho así” (EG 33), y pide a las iglesias diocesanas “entrar en un proceso decidido de discernimiento, purificación y reforma” (EG 30), y a la parroquia que “no se convierta en una prolija estructura separada de la gente o en un grupo de selectos que se miran a sí mismos” (EG 28).

3.2 *Cómo encontrar las ciudadanías*

Ante estos desafíos y urgencias, es posible constatar una multiplicidad de respuestas no todas adecuadas e idóneas para lograr los objetivos propios de la evangelización. La invitación a habitar lo humano y los lugares en los que lo humano se afirma o se niega es el verdadero desafío para la evangelización. Tal vez, en vez de reenviar lo humano a lo esencial de la vida como ámbito en que se revela la radicalidad de la Palabra, se ofrece el Evangelio como un vestido para taparse, dando la impresión de que la fe sea una superestructura de la existencia. El evangelio anunciado está llamado, en cambio, a favorecer un encuentro con Jesucristo que renueve la vida. “Jesucristo también puede romper los esquemas aburridos en los cuales pretendemos encerrarlo y nos sorprende con su constante creatividad divina” (EG 11).

La opción por los pobres, un lenguaje que no margine a los trabajadores, un nuevo estilo pastoral para con los no creyentes, la posibilidad de promover una mayor participación en las comunidades puede llevarse a la práctica con cuanto ahora dice el papa Francisco: “Salgamos a ofrecer a todos la vida de Jesucristo... Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades. No quiero una Iglesia preocupada por ser el centro y que termine clausurada en una maraña de obsesiones y procedimientos” (EG 49).

4 Ofrecer un signo

La propuesta de la fe en la ciudad se concreta, en su realización elemental, en mostrar que existe un lugar y existen unas personas donde es posible expresar la pregunta por el sentido de la vida y encaminarse hacia la búsqueda de Dios. Junto a los “signos” gritados, forzados, cuando no obscenos, de la publicidad, que crea falsas necesidades para vender, la presencia cristiana en la ciudad debe de cualquier manera volverse manifiesta, con una cualidad del signo que dé testimonio de la diferencia, desde la humildad y la gratuidad propias de la propuesta de Jesucristo.

En las ciudades históricas de países de tradición cristiana la presencia de las iglesias cristianas es grande, pero su función es esquizofrénica: hay un tiempo para los turistas y otro para la liturgia de los creyentes. La liturgia puede ser ofrecida a todos, si es introducida y presentada de manera adecuada, como propuesta de una experiencia singular para no creyentes o personas de otras religiones. La visita turística, por tanto, debería ser un acto de acogida de la comunidad cristiana que vive en aquel lugar ayudando a saborear la historia y la belleza y al mismo tiempo ofreciendo explícitamente la propuesta de la fe desde la cual y por la cual el complejo artístico ha naci-

do y continua viviendo.

En las ciudades nuevas, con poca o ninguna historia, la presencia cristiana podría experimentar la tentación de asumir formas sectarias, con la creación de comunidades excluyentes. Pero sigue siendo verdadero que la forma fundamental de evangelización es la del encuentro personal, aunque también es verdad que la iglesia se constituye al servicio del mundo y lleva a cabo su presencia en la ciudad de forma pública.

4.1 Los signos de las comunidades vivas

La tradición de las iglesias con la puerta abierta a la plaza pública manifiesta esta característica decisiva de la iglesia: pertenece a la ciudad y se ofrece a la ciudad. Es una experiencia con aspectos discutibles, pero que no hay que rechazar a priori. Estas exigencias invitan a la acción pastoral a cuidar, so pena de una total ineficacia, el rostro de la comunidad concreta en la que se acoge a las personas y se hace experimentar los caminos de fe. En primer lugar el rostro de nuestras parroquias. Se requiere una comunidad humana. Un modelo de fe humanizador, con las personas humanamente buenas y bellas no basta. La verdad de las palabras de fe y del testimonio de las personas encuentra su confirmación o un desmentido en el modelo de Iglesia. El problema de la esterilidad de la evangelización no es catequético sino eclesiológico, y se caracteriza por la capacidad (o falta de ella) de la iglesia de configurarse como comunidad real, como verdadera fraternidad, come cuerpo y no como máquina o empresa.

Así que podríamos decir: una comunidad cristiana humana y humanizadora. La eclesiología del Vaticano II debe ser cuidada: una iglesia discípula toda ella al servicio de la Palabra; corresponsable, con espacio real de autoridad compartida y de articulación de los carismas y ministerios; una iglesia extrovertida y solidaria; una iglesia compañera de viaje de las mujeres y de los hombres de hoy, tal como son, con sus fatigas y con sus límites.

La escuela de Jesucristo resulta fundamental en este paso. Lo principal que se aprende de Jesús en los evangelios no es la doctrina, sino un estilo de vida, una manera de estar en la vida, una forma de habitar el mundo, de interpretarlo y de construirlo, una manera de hacer la vida más humana.

Su palabra tenía autoridad, a diferencia de la de los fariseos, porque él dice lo que piensa y hace lo que dice. Por eso lo que anuncia tiene por sí mismo su credibilidad.

Sabe aprender de los otros. Crea un espacio hospitalario y no establece rígidamente su identidad: a la vez que la regala, la aprende de los otros (en el caso de la sirofenicia es evidente).

En tercer lugar no se atribuye nunca a sí mismo la fe explícita que el otro profesa: «Hija, tu fe te ha salvado» (Mc 5,34). Reenvía al Padre lo que sucede en las personas a través de su mediación³.

Declinar en modo eclesiológico estas tres características da este resultado: una iglesia auténtica, también cuando es débil; una Iglesia que hospeda y se hace hospedar, da y recibe de las mujeres y hombres de hoy, de las familias, de los jóvenes; una iglesia humilde, que reconoce que el Espíritu la precede y que ella solo es su sierva. Una iglesia de la santidad hospitalaria y de comunidades eclesiales santamente hospitalarias son la garantía del carácter humanizador de la fe. La catequesis tiene aquí una tarea parcial pero específica: la de introducir en comunidades reales y contribuir a construir comunidades hospitalarias⁴.

En este sentido hay que suprimir todas las formas de individualismo espiritual, eclesial, pastoral y clerical, para dar espacio a estilos de acogida y diálogo que propicien relacio-

³ Cf. C. Theobald, *Il cristianesimo come stile. Un modo di fare teologia nella post-modernità*, EDB, Bologna 2009, pp. 167-177.

⁴ Cf. A. Fossion, *Il Dio desiderabile. Proposta della fede e iniziazione cristiana*, EDB, Bologna 2011, pag. 53.

nes auténticas y significativas al interior de la comunidad. Hacer de la parroquia un lugar de espiritualidad donde se da primacía al día del Señor, a la Palabra, y a los intercambios de experiencias espirituales. Es la hora de restituir protagonismo a las familias para introducir en un acompañamiento diversificado a la globalidad de la vida cristiana.

4.2 *Qué signos hacer*

Todo esto permite crear unas comunidades que trabajan en colaboración y en red. Comunidades capaces de proyectar itinerarios y procesos para todas las edades, creando alianzas educativas. Más atentas a la multiplicidad y a la complementariedad de las figuras ministeriales, como los equipos de catequistas, proyectos diocesanos de catequesis que manifiesten la parroquia como familia de familias, constitución de ministerios específicos dentro de la comunidad, en especial atentos a las heridas humanas, pluralidad de itinerarios, en una realidad eclesial más cooperativa y flexible.

Sabemos bien que el obstáculo principal a la fe a menudo no es la fe, sino la Iglesia. Esta afirmación, que hasta hace poco tiempo podía parecer irreverente, de un poco de tiempo a esta parte es una humilde constatación para todos los que contribuyen por su parte a dar rostro a la Iglesia. La reflexión sobre los agentes pastorales nos empuja a desarrollar un "saber estar con", que se define como capacidad de comunicación y de relaciones educativas. Pero lo podemos extender a una dimensión aún más profunda, la de saber pertenecer de modo consciente y fiable a la propia comunidad cristiana, sabiendo asumir sus límites pero también contribuyendo a hacerla más bella. Es un punto decisivo no solo de la formación de los agentes, sino del mismo anuncio: iniciar a una pertenencia adulta y fiable. Forma parte de esta dimensión formativa la capacidad de trabajar juntos, de colaborar

con los presbíteros (y viceversa), de tejer relaciones con otros grupos eclesiales, de participar en la liturgia de la comunidad y de contribuir a que sea bella.

Quizá ha llegado el momento de no dar solo crédito a las acciones que se realizan dentro de nuestras comunidades para salir fuera del templo, de lo sacro, y acercarse a lo humano salvando así la Palabra de Dios, precisamente aquella que se ha hecho carne, y salvando en el mundo al ser humano, que está hecho de carne. Es curioso ver cómo Dios se ha comprometido durante toda la historia de la salvación en hacerse carne y ver cómo frecuentemente nos empeñamos en devolverle a los cielos de los que Él vino, lejos de los espacios de lo humano donde ha plantado su tienda; en desencarnarlo y hacer que vuelva a ser solo puro espíritu.

Por esto el Papa Francisco nos dice: «La Iglesia tendrá que iniciar a sus hermanos -sacerdotes, religiosos y laicos- en este «arte del acompañamiento», para que todos aprendan siempre a quitarse las sandalias ante la tierra sagrada del otro (cf. Ex 3,5). Tenemos que darle a nuestro caminar el ritmo sanador de proximidad, con una mirada respetuosa y llena de compasión pero que al mismo tiempo sane, libere y aliente a madurar en la vida cristiana» (EG 169).

La reflexión y los encuentros que se llevan a cabo o en los que se participa contienen siempre dentro la esperanza secreta de que nos ayuden a responder a la pregunta más banal y seria de todas: ¿qué debemos hacer?

Pensando en la complejidad de las acciones en las ciudades, a una respuesta hemos llegado: todo aquello que se haga en la dirección de lo humano, por las personas por encima de todo, las comunidades, los colaboradores, nos acercará a Dios y nos ayudará a anunciarlo. Todo aquello que se haga por el Dios que se ha hecho carne, ayudará a ser más humanos y ayudará a las personas a sanar, fortalecerse, salvar la propia humanidad.

5 Ofrecer una casa en la ciudad

En la vida ciudadana tradicional y religiosamente compacta la iglesia se situaba en el centro, de modo tal que todo lo habitado convergía en ella: la iglesia viva de la vida cotidiana era la ciudad misma, y el edificio sacro constituía el punto de encuentro para dar culto al Dios de todos.

Hoy es obviamente obligado un claro distanciamiento de estos modelos. En la ciudad, cada vez más “atravesada” que “habitada”, y cada vez más diversa cultural y religiosamente, la Iglesia debe ofrecerse como casa para habitar, aunque solo sea en una etapa de la vida, en la que poder buscar juntos a Dios, cultivar el ideal de la fraternidad universal y encontrar en Jesús la fuente de una nueva esperanza, la de la ciudad celestial.

Si el planteamiento pasivo y no solo activo de la evangelización es importante, el punto decisivo se sitúa en el modo de entender la propuesta dentro de la cultura actual. La clave de lectura puede ser el reforzar la capacidad de leer los signos de los tiempos y la convicción de que la iglesia tiene mucho que dar a la cultura actual, pero también mucho que recibir.

5.1 La habitabilidad de la ciudad

Es necesaria una autocrítica del cristianismo moderno, que debe volver a aprender a comprenderse a sí mismo a partir de las propias raíces. Es preciso que la praxis cristiana guíe la reflexión en un lento trabajo de construcción de un nuevo modelo de ser iglesia, que evite los escollos del sectarismo y de la «religión civil» y permita continuar manteniendo la forma de cuerpo eucarístico y, por tanto, de iglesia misionera.

a) En la práctica la planificación de la nueva evangelización requiere proponer un modelo de cristianismo culturalmente vivible y exige de la Iglesia un modo nuevo de estar en el mundo, evitando estar fuera (sería una secta) o el identificarse con la sociedad (cristia-

nismo civil). La puesta en juego de tal perspectiva es evidente: ni el rechazo de la cultura, ni la identificación de la iglesia con la sociedad pueden honrar la tarea del anuncio del evangelio. Tenemos aquí el concepto clave de «diferencia cristiana», una diferencia a favor y no una diferencia en contra⁵. La recuperación de la espiritualidad (la evangelización como auto-evangelización) no conduce a un replegamiento intimista y espiritual, sino que ha de interpretarse como dirigido a una reformulación del cristianismo y del modelo de iglesia dentro de esta cultura. De esta reformulación del modelo de cristianismo y del rostro de iglesia mana la invitación a la valentía del testimonio, «la audacia» o la *parresía* de la propuesta del evangelio en los espacios de la cultura. Nada queda fuera del mundo espiritual que es simbólico y por ello interior a cada vida.

b) El trabajo de reinterpretación del modelo de cristianismo y de Iglesia no puede ser un trabajo hecho unilateralmente por la Iglesia misma. De hecho, solo si la fe se apoya sobre algunos elementos de la propia cultura, puede ser repensada, reformulada, hacerse plausible y razonable, culturalmente vivible. Apoyándose así en la cultura para dar razón de sí misma, la fe «salva» la cultura, en el sentido de que la integra en el dinamismo de la salvación y se sitúa ella misma como razonable, posible y deseable en el propio ambiente.

Diversos son los escenarios que interpelan a la iglesia y a su tarea de hacer el anuncio en la ciudad. Se trata del escenario cultural, connotado por un proceso de secularización; del fenómeno migratorio, que nos lleva a una situación de globalización; de la situación económica mun-

⁵ E. Bianchi, *La differenza cristiana*, Einaudi, Torino 2006. Este sabio, a partir de los estímulos ordinarios de los acontecimientos, quiere ayudar a pensar a lo grande, a acoger en el fragmento una parte del todo, a sentir que la diferencia aporta riqueza.

dial, caracterizada por desequilibrios y crisis; del escenario político; de la investigación científica y tecnológica; de la cultura mediática y digital que se impone como el lugar de la vida pública y de la experiencia social; del escenario religioso caracterizado por un retorno de la necesidad de espiritualidad. Respecto a este mundo «nuevo», la evangelización se convierte en «nueva» haciéndose discernimiento, o sea, capacidad de leer y descifrar los signos de los tiempos para transformarlos en lugares de anuncio del Evangelio y de experiencia eclesial. No hay otro mundo mirando desde fuera, aparte del nuestro. En este nuestro mundo el discernimiento tiene dos movimientos: asumir y purificar mediante una lectura crítica inspirada en el evangelio.

5.2 **Cómo ofrecer casa**

De estas dos tareas que se desprenden del punto de vista cultural, derivan algunas consecuencias para la acción de los agentes pastorales. Son necesarios agentes que tengan la audacia de evangelizar, a la vez que son capaces de leer y descifrar lo que se vive, lo que va emergiendo, saber descifrar y reconocer también en los nuevos “lugares” espacios de posibilidad del anuncio, por esto están en grado de hacer discernimiento, abandonando todo prejuicio.

Mirando lo que se mueve en nuestra realidad, a modo de síntesis, individuamos tres conversiones de perspectiva que trazan las condiciones mismas de la novedad de la evangelización.

a) **La superación de un enfoque funcional: evangelización nueva como retorno al Evangelio por parte de la Iglesia**

Es decir, pensar que la renovación de la evangelización en nuestras ciudades consiste en el cambio de los métodos o de las estrategias o incluso en un simple compromiso renovado por parte de los evangelizadores. Si las palabras de la Iglesia no pasan al interior de la vida de las ciudades, no es primeramente porque las personas no comprendan o sean peores que las de otros tiempos, ni porque

los métodos de evangelización estén atrasados, sino porque las palabras del Evangelio no hablan ya a la misma Iglesia. La crisis de la comunicación de la fe remite a la Iglesia a una renovada escucha. Desde esta perspectiva, la crisis de la evangelización y la exigencia de que se vuelva “nueva” nos envían decididamente en la dirección de una verificación de la fe de la misma Iglesia. La nueva evangelización pide una renovación de la Iglesia. Sentimos sinceramente que se deben hacer los anuncios desde el poder de Cristo, pues es el único capaz de hacer nuevas todas las cosas. Con humildad toca reconocer que las pobreza y debilidades de los discípulos de Jesús, especialmente de sus ministros, lastiman la credibilidad de la misión.

b) **La superación de una perspectiva subjetiva individual: evangelización nueva como reforma de la Iglesia**

Podemos correr el riesgo de reducir la conversión a una cuestión individual. La recuperación de la espiritualidad (la evangelización como auto-evangelización) no debe llevarnos a un atajo espiritualista. Este es un momento en que urge la llamada a la conversión de los individuos. La necesidad de “reforma” se simplifica en una respuesta personal de “conversión”. No se ha de olvidar, sin embargo, la otra cara de la cuestión, la que recordaba Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*: la Iglesia tiene una continua necesidad de ser evangelizada y es evangelizadora no solo con lo que dice, sino también con su modo de vivir, de organizarse, de ejercer la autoridad, de utilizar los propios recursos humanos y económicos, de valorar en su interior los diferentes carismas y ministerios, de establecer relaciones, de juzgar la cultura y de entrar en diálogo con las mujeres y hombres de hoy, de sentirse una “Iglesia en el mundo contemporáneo” y no una Iglesia “frente” al mundo contemporáneo, etc. La “conversión” espiritual subjetiva debe también convertirse con

valentía en “reforma estructural”, para que el Evangelio sea comunicado por la Iglesia de manera coherente, tanto por sus palabras como por el modelo que adopta en la historia. Lo que supone un obstáculo al evangelio en la gente, creyentes incluidos, no es la fragilidad de las personas individuales, de los sacerdotes o de los obispos o de los cristianos. El obstáculo mayor viene de las estructuras eclesiales, por sus funcionamiento internos.

En nuestro caso, la *renovación* de la evangelización requiere sobre todo la *conversión* de cada creyente concreto (auto-evangelización), y toma cuerpo como *reforma* del modelo de Iglesia, a fin de que todo en ella hable del Evangelio, a fin de que las palabras sean visibles en la forma de vida y el modo de vivir sea explicado con las palabras. Esto no es nada distinto de sacar las consecuencias para la Iglesia del mismo estilo de Dios: «hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (*Dei Verbum* 2).

c) La superación de una perspectiva unidireccional. Evangelización nueva en el signo de la reciprocidad

Podemos inconscientemente pensar que nosotros tenemos el Evangelio y el problema es hacerlo llegar a los otros. Se plantea aquí la delicada cuestión del encuentro con las culturas: la mirada que la Iglesia dirige a la cultura y el proceso de inculturación que pone en acto. Una de las evoluciones o conversiones que hay que realizar es esta: el paso de una Iglesia que se asoma a la ventana de la historia, la juzga y establece la terapia, a una Iglesia que está dentro de la historia como compañera de viaje, lista para poner a disposición

el don del Evangelio pero también lista para recibir una palabra de Evangelio que el Señor nos reserva en las mujeres y en los hombres de hoy, más o menos creyentes. Este sentido de la reciprocidad se basa en la convicción de que Dios actúa a través de la iglesia como vía canónica, pero no deja encerrar su amor solo en los confines de la iglesia misma. La Iglesia tiene tanto que dar como que recibir.

De hecho solo si la fe se apoya sobre algunos elementos de la propia cultura puede repensarse, reformularse, hacerse plausible y razonable, culturalmente vivible. Apoyándose así en la cultura para dar razón de sí misma, la fe “salva” la cultura (la integra en el dinamismo de la salvación) y se sitúa ella misma como razonable, posible y deseable en el propio contexto.

6 Conclusión

En nuestras ciudades se debe aprender a vivir el evangelio cambiando. Dejar sin nostalgia aquello que no abre caminos al reino de Dios y estar más atentos a lo nuevo que germina. Volver con sencillez a la novedad principal del evangelio, sabiendo que lo nuevo no es necesariamente diverso, sino todo lo que sea más coherente y más fiel a Jesús y a su proyecto del Reino. Esta serena valentía sostiene también la mirada a la ciudad contemporánea. No nos sintamos atemorizados por las condiciones de los tiempos que vivimos. Nuestras ciudades están llenas de contradicciones y de desafíos, pero siguen siendo creación de Dios, heridas, sí, por el mal, pero siempre ciudades puestas en un mundo que Dios ama, terreno suyo, en el cual puede renovarse la semilla de la Palabra para que vuelva a dar fruto. No hay lugar para el pesimismo en las mentes y en los corazones de los que saben que su Señor ha vencido a la muerte y que su Espíritu actúa con poder en la historia.

RINALDO PAGANELLI